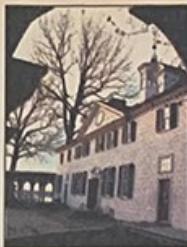


Santitos: mucho ruido y no tantas nueces
P/4E

Pasaporte

El apacible encanto de Mount Vernon:
P/12E



Artes y Letras.

GALERIA DOMINICAL



EL CLAN VILLARES

En la segunda y tercera décadas del siglo XX, seis de ocho hermanos de apellido Villares emigraron a Cuba, como parte de un gran contingente de gallegos.

Eran hijos de José María Villares, que en el XIX, había ido a vivir a Gayán, una aldeña de 13 casas, alta en la montaña, donde se cultivaba la papa y el trigo, con casas de pizarra negra encaladas en el tiempo. Allí se casó con María, la panadera. En 1985, descubrió en la Universidad de Santiago de Compostela que todos los de ese apellido provenían de una aldeña del mismo nombre en la provincia de Lugo. Un profesor Villares, bastante lejano, me dio un mapa de la toponimia de Galicia y me contó una historia de antiguos peregrinos.

José María se puso a la usanza matricarial: el hombre dejaba los sayos y aceptaba la doble de la mujer. La casa donde se mudó, que aún existe, sigue el molde celta de los antecesores, con vacas que se guardan al lado de la cocina donde se come, en la planta baja; y los cuartos de dormir los humanos en la planta alta. Allí nacieron María, José, Ramona, Pilar, Pedro, Emilio, Agustín y Josefina.

Solamente María y Pedro se quedaron en la aldea. María, porque obvió la mejoría, es decir la mitad de la herencia y un octavo de la otra mitad, otra antigua costumbre. Y Pedro, porque se casó con Serafina, una muchachita del pueblo que leató el destino. Era un clérigo, y todos decían que su mujer leía las cartas para repartirlas, una de las leyendas del pueblo.

Conoció a Pedro cuando vivía en El Ferrol, con sus cinco hijos. Uno de ellos le llevó a la casa de su madre en Gayán, frente a la de sus abuelos, llamada "de las Andrelas," desde tiempo inmemorial.

Por las ventanas de la casa de mi tío vi cómo la brisa mesaba la espiga, transmitiendo un olor a campo verde, ese verde de Galicia, que hace illover a los que de allí descendían: la morrilla. Ese día se celebraba una boda, con gaiteiros y ciervo alzado entre los conmemorales al estilo medieval.

Medievales eran también las costumbres de estos familiares míos, que salieron de Vigo o de La Coruña en los 20, apilados en la tercera clase de los buques, con sombra bajo el brazo para combatir la malaria. Disponían asombrosamente a intercambiar mercancías en las ferias, a emigrar a Castilla cada verano para la siesta, a guardar la vaca y comerase el ternero a temprana noche con papas, y a comer morcillas, chorizos, mucho pan y mucho queso. Y luego a balear, en días de fiesta, al sonido de la gaita y del acordeón.

Primeros llegaron José y su hermano, a Camaguey. La familia lo perdió de vista, y cuando reapareció, era porque se había transformado. Lo recordé con los ojos asombrados, francamente abiertos, alto como un castillo. Yo tendría ocho años. Traía su hamaca, y la tendió en el comedor de la casa. No quería nunca dormir en cama. Era de miedo. Cuando murió en el hospital de locos escribió un cuento, *Florres para el muerto*. Nadie lo quería ver en vida, y luego todos lo lloraban en el entierro.

Emilio vino después de José, y se estableció al sur de Cuba, en Cienfuegos. Era repartidor de leche, pero se casó bien, y pronto se estableció con una bodega de importación en el centro de la ciudad: La Inglesita.

José, Emilia, Ramona y Josefina eran cetrinos, de un color tan oliva, que parecían descendientes de moros o de judíos. Los otros cuatro hermanos eran rubios y blancos, hasta de ojos claros. Pero la raza no se quedó así, lo mismo que en España con moros y judíos, algunos de estos cristianos buscaron otras tonalidades en Cuba.

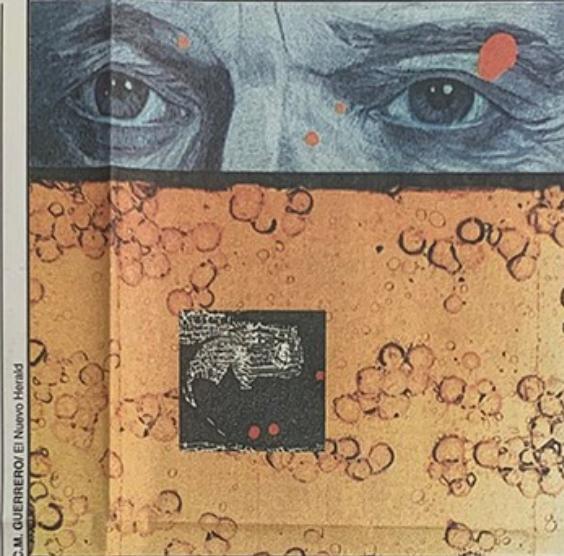
Pilar, mi madre, contaba que se fue a La Habana para proteger a su hermano más pequeño, Agustín, porque en la escuela le pegaban mucho los profesores, por tonto. Pero fue el mayor triunfador. A fines de los 50 era el dueño orgulloso de la ferretería San José, en el centro de La Habana. Josefina y Ramona, que llegaron últimas, ya tenían bastante familia que las apoyara. Todos trabajaban hasta el sacrificio y se enorgullecían del clan.

Después de 1959, los Villares emigraron de nuevo, esta vez con el exilio cubano, a Estados Unidos. Aunque algunos no hablan ni siquiera obtenido la ciudadanía, se crean de Cuba. Más tarde, con la misma morrilla que sufrieron siempre por la aldea, empeñaron a sentir la de la tierra paterna en casa.

Hace unos días nos reunimos de nuevo unos 15 primos. Allí nos quedamos gallegos, aquí, como humanos. Sufren por la nostalgia de esos otros países, y cuando les estamos legando peor nostalgia a nuestros hijos.

Es un desvarío de razones muy profundas, que arrancan por debajo del mar y llegan a tierras verdes de brisa azul.

oconnor@herald.com



'ARABESQUE',
a la izquierda,
'Bubbles' y la
artista Alette
Simmons-
Jiménez.

ALETTE SIMMONS-JIMÉNEZ, y su viaje a sí misma

ARMANDO ALVAREZ BRAVO
Crítico de Arte/El Nuevo Herald

El cambio de imagen es notable entre la exposición que presentó la pintora norteamericana Alette Simmons-Jiménez en The Americas Collection, en 1996, y la que presenta actualmente en esa misma galería de Coral Gables.

En la exposición anterior, esta artista profundamente vinculada al mundo latino, se dedicó a desarrollar el tema de la ciudad y la mujer. Un binomio que unificó a través del empleo de la ventana. Sus personajes casi siempre apoyados ante una ventana desde la que se domaba el paisaje. No era otra cosa esta situación que un volcarse al exterior, desde la conciencia de intimidad.

Ahora, Simmons-Jiménez, sin abandonar el tratamiento de la persona, que es esencial en su quehacer, da un profundo vuelco, y en lugar de la apertura de sus composiciones de 1996, pasa a unas dominadas en su casi totalidad por rostros. En el lenguaje filmico se diría que cada uno de sus lienzos es un *close-up*.

Lo que establece la continuidad entre las piezas viejas y las actuales es la solidez de sus figuras, que les

viene, sin lugar a duda, de la formación y actividad de la expositora en el campo de la escultura.

Simmons-Jiménez, formada en Newcomb College of Tulane University, en Nueva Orleans, y casada con un dominican, residió durante 18 años en la patria de su esposo y allí trabajó integrada a la vida artística local. No sólo pintó y esculpil, sino también hizo video. Esos años vivió y entorno familiares y su diaria convivencia con el universo latinoamericano y, esencialmente, con lo caribeño, son sin duda responsables o catalizadores de su interés por el ser humano, por su representación, por la urgencia de plasmar y desenrollar su intimidad.

Esa curiosidad genuina y llena de humanidad marca profundamente esta colección de retratos de personas conocidas por la artista, y de personas

Por favor, pase a la página siguiente



DETALLE DE 'Músicos', 36" x 50"

El diverso registro de Guillermo Spínosa

ARMANDO ALVAREZ BRAVO
Crítico de Arte/El Nuevo Herald

prema tensión. Se trata, por supuesto, de Embestida.

Perdido tanto en las obras del primer grupo como en las del segundo, la figura y hasta la atmósfera en que se mueve no han sido recordados con minucioso apego a la realidad, sino interpretadas, vistas en una posibilidad. Simplemente en los cuadros que componen el grupo dedicado al billar, Spínosa revela su fundación académica, que le permite todo tipo de libertades interpretativas. Aquí el artista se concentra en la mesa de billar y, sobre todo, en la posición de las manos, el tacto y la bala. Busca siempre fijar un momento decisivo del juego. Son estas obras menos luminosas que las de los grupos anteriores, pero su luz obedece a su propio ambiente.

Tras demostrar su capacidad y su gracia para moverse por esos territorios expresivos, el pintor, nacido en Bogotá en 1939, se vuelve sobre una serie que tiene mucho de minimalista y también de abstracción, esto último a golpe de mirada.

En este cuarto pero central grupo, podemos

Por favor, pase a la página siguiente

ALETTE SIMMONS-JIMENEZ, and Her Journey to Herself

EL NUEVO HERALD

ARMANDO ALVAREZ BRAVO, art critic

Arts and Letters
Sunday Gallery
Sunday, March 21, 1999

There is a notable change of imagery in the work of North American painter Alette Simmons-Jiménez, from a 1996 exhibit at the Americas Collection, and her current show at this same gallery in Coral Gables.

In the earlier show, this artist who is profoundly attached to the Latin world, dedicated herself to developing the theme of city and woman. A binomial that she unified through the use of the window. Her figures almost always appear before a window through which the landscape dominates. This situation was no more than an escape outside, from an intimate conscience.

Now, Simmons-Jiménez, without abandoning her work on the figure, which is essential to her path, she makes as abrupt turn, and in place of the aperture of her compositions of 1996, she moves to work almost totally dominated by faces. In the language of film we would say that each of her canvases is a "close-up".

What establishes the continuity between the earlier pieces and the current ones is the solidity of her figures, which comes, without a doubt, from the artist's training and practice in the field of sculpture.

Simmons-Jiménez, educated in Newcomb College of Tulane University, in New Orleans, and married to a Dominican, resided for 18 years in her husband's homeland and there worked immersed in the local artistic scene. Not only did she paint and sculpt, she also worked in video. These years, her life and family affairs, her daily coexistence with the Latin-American universe and, essentially, with all things Caribbean, are without a doubt responsible or catalysts of her interest in mankind, in its representation, and in the urgency to mold and untangle its intimacy.

This curiosity, genuine and full of humanity profoundly marks the collection of portraits of the artist's friends and others which she arrives at through photographic and referential means, such as "Uncle John," the circumspect image of a turn of the century gentleman.

Yet, even though there is a loyalty to the person's original image, these faces have not been executed with the proposal to "paint portraits." Actually, the artist identifies these

people - men, women and children of all ages - as self-portraits. They represent an aspect from the life of the artist. Out of these faces, these expressions, these lips, all of these diverse and unique geographies of a singular face, come intimate signs of the identity of the artist. "These images are reflections of my life, its beginning and its progression," states Simmons-Jiménez. "Each piece is created without any underlying pattern or method. Each final outcome is a surprise. The work is not obvious and hopes to remain mysterious."

If these works, in their ultimate meaning, are subscribed practically to the field of self-portrait, what falls flat out in this area is "So", a video piece of one minute, that is included in the exhibit and can be considered its introduction.

In this video, superimposed on the artist's own face we see the non-stop projection of images taken from a personal and family photo archive. In the process of developing this work, Simmons-Jiménez has frequently hand etched the individual projections lending a uniqueness to its character. From these "frames" grow many of the major pieces of the show, such as "Silencio", "Whistler", "Rose", all united under the title "The World of So....."

The works of the artist are products of her internal response to light on the models features, and later, through her scrupulous exploration of the subjects most minute crevices, she becomes the object of a personal experience stemming from her attraction to the shadowy parts.

"Eventually the work is composed of fragments from a past almost forgotten world, as well as, extracts from present encounters. Perhaps one could best describe these works as self-portraits, yet I continuously ask myself who really dictated their arrangements?" she states.

From this same manner, the artist - admireror of Egyptian art, Michelangelo, Brancusi, Balthus, Modigliani, and Pollack - shows us works that exist on three planes. In large scale, the second plane, which belongs to the portrait, is the foundation and that which immediately captures the viewers attention. On the third plane, behind the face, appear images that serve to clarify the mysterious. It can be a falcon, in the case of "Carmela" or a moth in "Christine." Yet, this spontaneous imagery does not always relate to the portraits.

Strictly speaking, neither does the first plane, naturally softer, in which we can see from splattered paint to delicate ornamentation. What is truly relevant and shows much of the artist's philosophy is the appearance of a clock face within one of her pupils in "Self-portrait." It is an indication of the passage of time. This is fundamental to Simmons-Jiménez and it serves as a compass in this collection of works that are a journey to herself.